

de *Pan y toros*, el valse *A toi*, de Waldteufel, el *Miserere* del Trovador y la mazurca del mismo Waldteufel, *La Bella*.

Obligado por los nutridos aplausos del numeroso y escogido público, tocó también un *potpourri* de aires españoles. En las siguientes audiciones, igualmente bien concurridas, la *Talia* pudo lucir su buen repertorio de cincuenta piezas, distinguiéndose en *Puerto Real*, paso doble de Juarranz; *Siempre ó nunca*, valse de Waldteufel; la obertura de *Marta*; *Un beso*, mazurka de Salas; *Serenata morisca*, de Chapí; *Mirtos de oro*, valse de Farbach; *Obertura de Juana de Arco*, de Verdi; *L'Ingenue*, gavota de Arditti; *Marcha fúnebre de una Marioneta*, de Gounod, y en los siempre pedidos y siempre aclamados *Aires Españoles*.

La Estudiantina *Talia* dió su última función el 31 de Octubre, y salió después para Morelia dejando en México muy grato recuerdo.

## CAPITULO XX

1886.

Cada representación de *Aida*, y fueron muchas, valía un triunfo á la Rambelli en *Amneris*, y á la Gini en la protagonista: el tenor Rubis en *Radamés* nunca llegó á la altura en que los programas le ponían, si bien echábase de ver que iba cediendo su enfermedad de garganta, que tan mal le hizo quedar en *Hernani*. En *Lucía* no estuvo la Svicher tan feliz como en *Rigoletto* y en *Sonámbula*, sin dejar por eso de tener felices momentos. Túvolos también en el *Oscar* del *Baile de Máscaras*, si bien añadió á su parte algunos *gorjeos* de su invención que no cayeron bien al público, aunque sí se los celebraron sus muy numerosos amigos y partidarios. La Svicher fué muy elogiada por una tentativa que hizo para obtener el indulto de Agustín Flores, soldado del 18º Batallón, sentenciado á la pena capital que sufrió el 25 de Octubre; su empresa no fué coronada por el buen éxito, pues el Presidente de la República contestó á la graciosa artista que en la gravedad de los delitos del sentenciado no podía caber el indulto.

En *Lucrecia* volvió á aparecer la Gini: la predilecta del público tuvo sublimes arranques de actriz en la terrible *Borgia*. Con entusiasmo volvió á verse y á oírse en el Gran Teatro la *Gioconda* en cuya protagonista tan admirada había sido Adela Gini en la temporada anterior. No lo fué menos en aquella de 1886: el papel de *Laura*, que

estrenó la rencorosa Bassi, fué muy bien interpretado por Paulina Rambelli; el tenor Rubis estuvo bien en el de *Enzo*. En cambio de esos éxitos felices, poco menos que rodó la *Carmen* de Bizet, creada con merecidísimo aplauso en nuestro teatro por la insigne Paola Marié, llevada después al campo de la zarzuela por la Moriones y la Lluch, y por primera vez cantada por la Compañía Italiana de Sieni en la función del 30 de Octubre: á los atractivos de la bella obra se unía para excitar la curiosidad del público, el deseo de juzgar de las aptitudes de una artista mexicana, la Srita. Concepción Macapagal, que iba á presentarse en uno de los papeles secundarios, el de una de las gitanas camaradas de *Carmen*. La protagonista fué confiada á la Rambelli, la *Micaela* á la Svicher: ambas cantaron bien porque las dos sabían hacerlo, pero en la interpretación de los tipos pseudo-españoles estuvieron desgraciadísimas, la Rambelli sobre todo, vestida como suele decirse, *por sus mismos enemigos*: del cuadro de hombres sólo juicios muy crueles podrían hacerse, y mejor será pasarlos en silencio. En cuanto á la Macapagal, *El Monitor* dijo: "la artista mexicana representó un papel insignificante, y sin embargo no pudo con él: gritaba todo lo que era dable para que su voz sobresaliese entre coros y orquesta, se movía como azogue, abrazaba y empujaba á los demás artistas, tomaba por suyos los aplausos tributados á la Rambelli y á la Svicher: quién sabe qué genio maléfico inspiró á la *debutante* la idea de estar con tanto desparpajo en la escena, de mover los brazos como si echara bendiciones, de gritar tan desaforadamente; es el caso que el público, que al principio tomó aquello á la broma, estuvo á punto de tomarlo á lo serio: la Srita. Macapagal iba hasta la concha del apuntador como diciendo *aquí estoy*, y abría los brazos y gritaba..." Al día siguiente la Srita. Macapagal tuvo el buen sentido de no salir á la escena.

Con la repetición de *Carmen* el 31, concluyó el primer abono de veinte y cuatro funciones, y el 4 de Noviembre dió principio el segundo, que lo fué de doce, con el *Fausto* de Gounod, siendo en él muy aplaudidos la Gini, Lombardi y De Bengardi: era este último un excelente artista y un excelente actor, que poco á poco iba captándose la estimación del público, un poco frío con él al principio, sin razón alguna justificada, pues á juicio de los inteligentes, pocos de los artistas de aquel cuadro podían rivalizar en méritos con De Bengardi: desgraciadamente el papel de *Mefistófeles* no le quedaba bien.

En *Ruy Blas*, Rosina Aimó, que pocas veces se presentaba, se hizo aplaudir mucho en el papel de la *Reina*, así como la Rambelli en el de *Casilda*: Rubis cantó, como siempre, muy fatigado por su rebelde enfermedad. En toda esa temporada quedó mucho mejor Lombardi, quien el 10 de Noviembre tuvo un buen beneficio con la *Carmen*, en la cual tenía á su cargo el papel de *José*: en un entreacto

cantó bien una romanza de *Lusa Müller*. El 13 de ese mes, por primera vez en México, fué cantado el *Don Carlos*, de Verdi, interpretando la Aimó el papel de *Isabel de Valois*, y la Rambelli el de la *Princesa de Eboli*: secundáronlas muy bien De Bengardi y Quintilli Leoni: la obra fué muy propiamente presentada en trajes y decoraciones. En la noche del 24, para beneficio de Adela Gini, se puso en escena la *Mignón*, de Ambrosio Thomas: la beneficiada ni por su físico ni por sus facultades podía desempeñar bien esa fina y delicadísima obra, y en efecto la desempeñó mal y no dejó contentos ni á sus más entusiastas partidarios: en cambio la Svicher en la parte de *Filina* pudo lucir su fácil juego de garganta y sus limpias y agudas notas, y fué quien se llevó la ovación de los concurrentes: para explicar ó disculpar el fiasco de esa *Mignón*, se dijo que la Gini había estado indispueta: aparte de ello la entrada en contaduría fué de lo mejor y la Gini se vió obsequiada con numerosas y muy buenas alhajas.

En la noche del 25 se cantó *Norma*, á beneficio del artista mexicano D. Manuel Múgica. Parece que ese artista sostenía un litigio con la Empresa, por faltas de cumplimiento de contrato en la temporada precedente, y que por vía de transacción le fué ofrecido ese beneficio que Múgica aceptó, teniendo el gusto de ver el teatro bastante bien concurrido: en la parte de *Norma* la Aimó hizo furor, sobre todo en la *Casta diva* y en la escena final: el tenor Rubis y la contralto Baraldi la ayudaron bastante mal; el beneficiado cantó la parte de *Oroveso*. Con la función del 26, á mitad de precios, se despidió de la Capital la Compañía Sieni, poniéndose en escena *Fausto*. En un entreacto, María Macapagal cantó la bellísima melodía de Gastaldón *Música prohibita*.

Retirada la Opera Italiana, quedaron por únicas diversiones los teatrillos de *titeres* en la Alameda; el Principal, con Manuel Estrada; Hidalgo, con sus dramas y Arbeu con el *ilusionista* parisiense, el Dr. Nicolay, y la *sibila* Miss Rossina. Dió ese prestidigitador su primera función el sábado 20 de Noviembre, abriéndola con algunas suertes de escamoteo y destreza, ejecutadas limpiamente: siguió la sesión de *hipnotismo*, con la sonámbula Miss Rossina, bella y simpática joven: por último, en una pequeña mesa colocada en mitad del patio, el Dr. Nicolay, gran maestro en el juego del billar, sorprendió al público con difícilísimas carambolas hechas con los tacos, con los dedos, *con las narices*, obligando á las bolas á saltar un sombrero y á producir los más raros efectos en el suelo, en el aire, en donde era su voluntad. Todo ello divirtió grandemente varias noches á un numeroso público.

Pero el más favorecido espectáculo fué el nuevo Circo de los Hermanos Orrin, en la Plaza de Santo Domingo, inaugurado en la noche del 1.º de Diciembre. En el lado norte del interior de la gran tien-

da de campaña, se levantaba un escenario en el que hacían oír sus canciones unos *guaracheros* cubanos, y exponían sus bailes y contorsiones unos *minstrels* americanos: los acróbatas y gimnastas fueron como siempre muy bien elegidos por los inteligentes empresarios, y no faltó por decontado el indispensable y popular *clown* Ricardo Bell.

A fines de Noviembre regresó á México el distinguido actor mexicano Francisco Solórzano, huyendo de la fiebre amarilla que, en Yucatán, y en pocos días, le arrebató á su esposa la muy notable actriz y simpática dama Emilia Toscano, lo cual fué una verdadera desgracia para la escena nacional; murió también, víctima de la misma horrible enfermedad, el muy aplaudido actor cómico español Casimiro García. Francisco Solórzano dió en Arbeu unas cuantas funciones, esperando que el público concurriese á ellas por no tener sitio mejor donde pasar el rato, y para favorecer así á sus modestos actores que con mil penalidades acababan de regresar de Yucatán; pero se engañó en sus esperanzas y pronto hubo de levantar el campo y salir para el interior en busca de mejor fortuna.

Bien es verdad que no estaban entonces los buenos moradores de la Capital para andar empleando en proteger artistas nacionales su dinero, que poco era para pagarse la satisfacción de escuchar á la reina, á la emperatriz del canto, á la sin rival y nunca bien ponderada Adelina Patti. De tiempo atrás veníase diciendo que la gran artista visitaría nuestra ciudad, pero ignorábase si por fin vendría ó no vendría, y sobre todo la fecha exacta en que *tanto honor* hubiese de ser un hecho. Mas hé aquí, que de pronto, sin previo aviso, sin ningún precedente, como brotado de la tierra por arte de magia, se nos presentó en el corazón de la Capital y hospedado en el mejor hotel, el Sr. *Marcus R. Mayer*, agente de la Empresa Henry E. Abbey, anunciándonos la "primera aparición en México de la renombrada artista."

"Resuelta la Sra. Adelina Patti, decían los prospectos, á retirarse de la escena, donde tantos y tan merecidos triunfos ha obtenido durante su carrera artística, no ha querido cerrar la brillante corona que orla su frente, antes de visitar este país. La empresa, que no ha tenido inconveniente en secundar los deseos de la Gran Artista, siente el mayor placer en ofrecer al inteligente público mexicano la ocasión de admirar una de las mayores notabilidades que ha producido el arte, y al efecto abre una corta temporada de sólo cinco representaciones que darán principio el domingo 2 de Enero de 1887, con la seguridad de encontrar la acogida más satisfactoria de parte de esta culta sociedad, digna por mil títulos de espectáculos de esta naturaleza."

Seguía á esto la enumeración de los artistas que acompañaban á la *diva*, la de las piezas que formaban su repertorio y los programas

de las cinco funciones para las noches del 2, 4, 7, 9 y 11 de Enero. Esas cinco funciones serían extraordinarias, y los propietarios tendrían derecho de tomar las cinco ó cualquiera de ellas separadamente, siempre que lo hiciesen en los días 30 de Noviembre y 1º de Diciembre hasta las siete de la noche, desde cuya hora quedarían á disposición del público en general las localidades que no hubiesen sido reclamadas por aquéllos. Los precios para cada función quedaron fijados así: Plateas y palcos primeros, *cincuenta pesos*; segundos y terceros, *veinticinco idem*; lunetas y balcones, *seis*; palcos de galería *ocho*; delanteros de galería, *dos*; entrada general á galería, *un peso cincuenta centavos*. Este prospecto del agente Mayer estaba fechado el 29 de Noviembre de 1886.

Después de todo, para tanta maravilla, los precios no podían ser más económicos; por lo tanto, la gente se apresuró á acudir al llamado de Mayer. Los propietarios, los felices individuos que allá en los tiempos de Santa-Anna y de D. Francisco Arben habían adquirido y pagado el derecho de preferencia á tomar determinadas localidades, acudieron todos, absolutamente todos, á hacer valer ese derecho, y, ya solos, ya en combinación con otras familias, tomaron y pagaron sus billetes para los cinco conciertos. Desde antes del amanecer del jueves 2 de Diciembre, marcado para el público en general, una compacta y apiñada multitud de individuos de toda clase y categoría, se agolpó en el pórtico y en la acera ó banqueta de la calle de Vergara, procurando tomar puesto lo más cerca posible de la puerta del Teatro para conseguir alguna de las localidades que estaban libres.

Cuando las puertas se abrieron, la ansiosa multitud avanzó como una avalancha sobre el vestíbulo y los corredores del teatro en medio del más indescritible tumulto, entre gritos, imprecaciones, empujones, golpes y disgustos de toda especie, de palabra y obra, y fué indispensable que acudiese todo un destacamento de policía á poner orden en aquel campo de Agramante, para que se pudiese abrir sin riesgo el despacho de la contaduría, establecida en una de las salas del corredor del primer piso. Jamás se había visto en México un entusiasmo semejante. En unas cuantas horas quedaron agotadas las localidades todas, desde la primera fila de lunetas hasta la última grada de la incomodísima galería. Poco después, el vestíbulo, el pórtico, la banqueta de la calle, las esquinas próximas, los casinos, los despachos de muchos comerciantes, se habían convertido en una especie de *bolsines*, en los cuales se revendían las localidades á precios fabulosos; hubo quienes comprasen una luneta en *veinte pesos*, un asiento de galería en *cinco* y un palco en *doscientos*: "quien posee una luneta de patio—decía un periódico—es mirado casi con respeto."

Fuera ya de tiempo, pero acatando aquel proloquio de *más vale tarde que nunca*, el Gobernador del Distrito, por su propia iniciativa ó por

idea que le sugiriesen otras personas, mandó llamar al agente de Mr. Abbey, y el *Mr. Mayer* se le presentó inmediata y correctamente. El Gobernador le manifestó, que, no obstante la carencia de una disposición legal que exija á los representantes de empresas de ese género caucionar su responsabilidad, estimaba oportuno que el producto de los billetes vendidos se depositase en un Banco ó casa respetable de la Capital hasta que se presentara el empresario, teniendo en cuenta el largo espacio de un mes que debía transcurrir hasta la llegada de la Sra. Patti, tiempo durante el cual podría suceder que por cualquier accidente se suspendiese ó no se llevase á efecto la temporada teatral. *Mayer*, fino y atento como correspondía á un agente de un tan poderoso empresario y una tan sublime artista, cuya opulencia para nadie era un misterio, convino con el alto funcionario en que tenía razón de sobra para indicarle la conveniencia del depósito, por más que Mr. Henry E. Abbey siempre y en todo momento pudiese responder de cantidades mucho mayores. Quedó así pues, enteramente conforme en hacer el depósito que se le pedía, y se despidió del Gobernador para ir á dar los pasos convenientes. Esto pasaba en la tarde del jueves 2 de Diciembre. A las siete de la noche del mismo día, Mr. Mayer, acompañado, y como bajo la garantía del acreditado comerciante D. Silvano Coblentz, volvió á visitar al Gobernador del Distrito para hacerle presente que las órdenes de Mr. Abbey y los intereses de la Empresa le precisaban á salir para Veracruz el viernes para regresar á la Capital el sábado; lo cual iba á participarle para obtener su autorización, en virtud de que por lo avanzado de la hora en que había tenido su anterior conferencia y la multiplicidad de quehaceres de su basto negocio, el depósito no estaba constituido ni podría constituirse hasta su regreso.

La pretensión no impresionó muy bien al Gobernador, que pidió á Coblentz informes acerca de Mayer, á lo que Coblentz contestó que ningún conocimiento anterior tenía del Agente, y por lo tanto, sin poner en duda su honorabilidad, no se comprometía á responder por él. Con tan franca respuesta, el Gobernador creyó más que nunca necesario el depósito, y dijo á Mayer que mientras no le efectuase, no podía concederle autorización para ir á Veracruz: Mayer, siempre con mucha atención, manifestó que estimando el celo de la autoridad por los intereses públicos, sobre su responsabilidad desobedecía la orden de su empresario, quedándose en México hasta haber efectuado el depósito, lo que haría en las primeras horas del viernes.

Del Gobierno del Distrito fuese Mayer al Teatro Nacional, donde recogió más de diez y ocho mil pesos, producto de la venta, y acompañado por D. Pablo Berges y D. Alberto Zárate, secretario del dicho Agente, se trasladó á su habitación en el Hotel de Iturbide; allí formó un grueso paquete ó bulto, que en presencia de aquellos seño-

res entregó al Administrador del Hotel para que se lo guardase, advirtiéndole que en él se contenía el dinero de la empresa. Bajó después á la puerta del Hotel y se despidió de sus acompañantes para ir á pasar un rato en el Circo Orrin, en el cual llamó la atención de nuestros concurrentes en una de las más visibles localidades; todos allí le señalaban y se fijaban en su persona, cubierta con todo el prestigio de representante de una tan grande celebridad como Adelina Patti, que tan preocupado y conmovido traía á todo México. Mr. Mayer dejó su localidad en el primer intermedio, sin que nadie lo encontrase ni en lo más mínimo extrañó, pues después de todo, ¿cómo era posible que se distrajesen con nuestra función de circo, un hombre como aquel, acostumbrado á recrearse con la sublime intimidad de la más sublime artista?

Por sí ó por no, el experto Gobernador del Distrito, á quien no pareció muy bien que Mayer hubiese manifestado deseos de ir á Veracruz, ordenó que se vigilara escrupulosamente la salida de todos los trenes de la Capital, lo cual cumplió la policía, dando aviso de *sin novedad* después de las siete y media de la noche, hora de marcha del tren ordinario. Mr. Mayer no era, pues, un pícaro como se había sospechado; resignadamente se exponía á una reconvencción de su empresario por acatar los deseos de la autoridad y se dejaba ver en un lugar tan público como el Circo Orrin, aun después de la salida del último tren en que pudo fugarse más ó menos perfectamente disfrazado; todo el mundo, la celosa autoridad y el confiado público, podían descansar tranquilos; Mr. Mayer dormiría en su habitación del Hotel Iturbide, en la seguridad de que el enojo, cualquiera que fuese de Mr. Abbey, se calmaría mucho al enterarse de la respetabilísima cantidad de pesos fuertes, producto del abono, depositada en un Banco ó casa de conocido crédito, por solicitud del señor Gobernador del Distrito.

Ahora bien; la Ciudad de México, á pesar de sus trescientos mil habitantes, constituye una sola y gran familia, para la que los periódicos son casi de una perfecta inutilidad, pues nada se hace, nada se dice, nada se piensa por persona de alguna importancia, que no se sepa á los pocos instantes de haber sido hecho, dicho ó pensado; aquí no hay reserva ni secreto posible; todo se sabe ó se adivina cual si todos hubiésemos sido testigos de todo; las cañas del Rey Midas nacen por todos lados. Nadie, pues, ignoraba lo que se temía del Sr. Mayer y la solicitud de la autoridad para estorbarlo. Entre los que, *aunque pobres*, no lo ignoraban, estuvo comprendido el *llavero* del Hotel Iturbide, el cual individuo, no sin irreprimible sorpresa, vió, á las primeras luces del amanecer del viernes 3 de Diciembre, que la llave del cuarto de Mr. Mayer había permanecido durante toda la noche en el respectivo garfio del clavijero.

Pero pronto se tranquilizó; eso era muy común entre los pasajeros, á los que, por más que se diga, no deja de ofrecer gratas distracciones su permanencia en esta ciudad. Mayer, era innegable, no había dormido ciertamente en el Hotel, pero eso no quería decir que no hubiese dormido en cualquiera otra parte. Era aún temprano, quizás el Agente se habría desvelado y dormiría aún; allá á las diez ó las once de la mañana iríase presentando. Así pasaba con muchos extranjerros, cuyos apellidos, al menos los más cristianos, podía repetir *el llavero*, que no volvió á acordarse de Mr. Mayer, ni de la sorpresa con que en el primer instante vió la llave de su cuarto balanceándose en el clavijero.

Mas la confianza duró poco, al notarse que el Agente no se presentaba en el Teatro á proseguir sus operaciones, y la alarma se propagó rapidísimamente por toda la ciudad. La sospecha *del llavero* era justificada. Mr. Mayer había desaparecido. El muy pícaro, al salir en la tarde anterior de conferenciar con el Gobernador del Distrito, se fué á la estación del Ferrocarril Central, donde contrató una máquina para la noche del mismo jueves, dando por motivo que sus ocupaciones no le permitirían salir en el tren ordinario de las siete y media, y pretextando urgencia suma para ir al encuentro del empresario Mr. Abbey. El jefe de la estación del Central no tenía por qué no acceder á lo que se solicitaba, y ofreció tener lista la máquina pedida. Mr. Mayer volvió tranquilamente al centro de la Ciudad, visitó segunda vez, como queda dicho, al Gobernador; fué al Teatro y al Hotel, y pasó un rato en el Circo Orrin. Salió de éste, tomó un coche de sitio, se dirigió á la estación donde ya le esperaba la máquina contratada, montó en ella y... *ojos que te vieron ir*. Posteriormente se supo que el falso Agente había alcanzado y tomado el tren ordinario, sin que sirviesen para lograr la captura del audaz estafador, los avisos dados por telégrafo á los gobernadores, jefes políticos, comandantes de fuerzas y otras autoridades en diversos puntos. Sola y únicamente pudo lograrse aprehender en Veracruz á D. Alberto Zárate, que fungía como Secretario del falso Mayer; el verdadero *Marcus R. Mayer*, no había salido aún de los Estados Unidos. Según el órgano del Gobierno del Distrito, "revisado el bulto que había quedado en poder del Administrador del Hotel, se encontraron cuatro mil y pico de pesos, ascendiendo la cantidad sustraída á más de veintitún mil."

"¡Qué chasco aquel! exclamaba el cronista del *Monitor*; los propietarios, los infelices revendedores, los que creyeron hacer una fortuna á costa de la Patti, los que se pavoneaban orgullosos con su billete en la bolsa ¡qué caras tan largas tenían el viernes en la tarde! Este percance ha sido el gran suceso de la semana, el asunto de todas las conversaciones y de todas las decepciones también; porque

los que se creían en el pináculo de la dicha por haber atrapado un boleto, ya reflexionan en la fragilidad de las cosas humanas, y los revendedores, los que comenzaban á explotar la rica mina, contemplan hoy sus pedazos de papel con la misma tristeza que contemplar pudieran las ruinas de Jerusalem." Pocos casos se darán en verdad de una más osada fullería que la del falso Mayer, cometida á la luz pública, con toda una gran ciudad, en sólo cinco días y teniendo al verdadero Agente y á su empresario en el país vecino, unido al nuestro por líneas de telégrafo y de ferrocarril. Bien es cierto que para ser pícaro, lo primero que se necesita es ingenio. No puede negarse que lo tuvo aquel renombrado bribón.

Para distraerse de ese chasco, los habitantes de la Capital sólo dispusieron en ese mes de Diciembre, de la función que con *La Aldea de San Lorenzo*, dió á su beneficio en Hidalgo, la noche del 2, el estimable actor mexicano Agustín Campuzano; las funciones monstruos de Manuel Estrada en el Principal y los pacíficos desafíos, en el mismo teatro, de los tres prestidigitadores, Frizzo, *francés*, Canaris, *griego*, y Ricardo Vargas, *mexicano*. En Arben el actor Manuel O'Loghlin dió á fines de mes una función á su beneficio con el drama *El Gran Galeoto*, y el estreno de la pieza de *circunstancias* intitulada: *El otro Mayer ó un falso agente de la Patti*.

No nos quedamos, sin embargo, sin oír á la egregia artista. El miércoles 15 de Diciembre, desde su habitación en el cuarto núm. 16 del Hotel del Jardín, el *verdadero* Marcus R. Mayer, representante general del empresario Henry E. Abbey, expidió *verdaderos* prospectos anunciando la *verdadera* visita que á México haría Adelina Patti; la temporada se compondría únicamente de cuatro funciones, en las noches del 31 de Diciembre de 1886, y 2, 4 y 6 de Enero de 1887. Acompañarían á la *Diva* la Sra. Sofia Scalchi, *Prima donna contralto*; Alberto Guille, *tenor*; Antonio Galassi, *barítono*, y Francisco Novara, *bajo*. La orquesta la formarían cincuenta profesores escogidos, bajo la dirección del célebre maestro y compositor Luigi Arditi. Los precios fueron más altos que los fijados por el falso Mayer: el abono por *cuatro funciones* costaría, en palcos, plateas y primeros, *doscientos cuarenta pesos*; en palcos segundos, *ciento sesenta*; terceros, *ciento veinte*; en palcos de galería, *cuarenta*; en lunetas y balcones, *trenta*. Los precios de entrada eventual fueron: plateas y palcos primeros, *setenta pesos*; palcos segundos, *cuarenta y cinco*; terceros, *trenta y cinco*; palcos de galería, *quince*; lunetas y balcones, *ocho*; delanteros de galería, *tres*; entrada general *dos pesos*.

La venta para el público, una vez atendido el derecho de los propietarios, empezó el 21 de Diciembre, y con ese motivo el pórtico del Gran Teatro se vió tan concurrido como en los días del *falso Mayer* y fué campo de las mismas escenas de desorden, de empujones y de

pugilato que apuntadas dejó. También como entonces los solicitantes fueron en mucho mayor número que los asientos disponibles, y de idéntico modo los boletos eran revendidos á altos precios, sin que faltasen compradores, ni más ni menos que si las minas del Potosí se hubiesen vaciado sobre la Capital. La Empresa anunció que para evitar malas especulaciones, á ninguna persona se le venderían más de ocho localidades; pero los que con ellas habían de negociar enviaron gente suya que tomase los primeros lugares á la cabeza de la multitud y á las puertas del expendio, dándose el caso de que muchos de esos individuos se pasaran la noche á pie firme en el vestíbulo en espera de la hora del despacho.

A resultas de esto el público de buena fe nada pudo conseguir en los expendios de la Contaduría y corrió la voz de que todo había sido una farsa de la Empresa, y se proclamó como cosa segura que los billetes se revendían por cuenta del mismo agente. La irritación fué grande y, copio al *Monitor*, "Mr. Mayer corrió grave riesgo de encontrarse con un grave disgusto, pues algunos de los más exaltados se propusieron obsequiarle con una paliza ó algo semejante: avisada la policía destacó sobre el Hotel del Jardín buen número de sus gendarmes, y el malaventurado Marcus R. Mayer se encerró á cal y canto en su cuarto, y al día siguiente se le vió por todas partes seguido y custodiado por agentes del orden. Después, y una vez asegurado el dinero en una conocida casa bancaria, para lo que Mayer no pulsó dificultad alguna, puesto que procedía bien y legalmente, salió para Paso del Norte á recibir á Mr. Abbey y la Diva.

Esta llegó á México á las ocho de la mañana del miércoles 29 de Diciembre por el Ferrocarril Central. Al entrar el tren en la estación, fué saludado por una música de viento. Adelina Patti bajó del vagón especial sumamente lujoso que la conducía, y fué invitada á desayunarse en uno de los salones del edificio. Concluido el desayuno, la Patti, acompañada del Gobernador del Distrito y del Sr. Nicolini, esposo de la Diva, montó en un carruaje que al efecto se había dispuesto, y se dirigió al Hotel del Jardín, en donde se le habían preparado, lujosamente decoradas, cuatro habitaciones; una para ella, otra para su marido Nicolini, otra para su servidumbre y otra que se convirtió en sala de recepción y de billar, juego á que la artista era muy aficionada. El carruaje fué seguido desde la estación por multitud de ginetes, entre ellos algunas Amazonas, y al llegar al hotel, la Diva fué aclamada por la multitud de los curiosos que la aguardaban, á la vez que desde los balcones y corredores arrojábanse sobre ella ramilletes y flores sueltas. El Gobernador, Gral. Ceballos, acompañó á la Patti hasta sus habitaciones, en la puerta de las cuales le fué presentado un magnífico ramillete de las más exquisitas flores de nuestros jardines, obsequio y saludo de la señora esposa del Presidente